

Una reflexión acerca de la influencia de San Agustín de Hipona en el pensamiento de Santo Tomás Moro.

Ignacio Verdú Berganza.

Universidad Pontificia Comillas. Profesor de Historia de la Filosofía Antigua y Medieval, de Historia de la Filosofía Medieval, de Antropología Filosófica y de historia de la filosofía Moderna en la Universidad de Mayores.

Instituto de Humanidades Francesco Petrarca. Director Académico y Profesor de Filosofía Antigua, Medieval y Contemporánea.

vonverdu@yahoo.es

1.- “Baste por el momento recordar que para Platón el bien supremo consiste en vivir según la virtud, y que esto sólo puede alcanzarlo quien tiene conocimiento de Dios y procura su imitación”.¹

Así se expresaba San Agustín en uno de sus libros más leídos durante siglos, *La Ciudad de Dios*, y añadía: “Y, así, no duda en afirmar [Platón] que filosofar es amar a Dios”.² Esta indisimulada admiración del filósofo cristiano por el discípulo de Sócrates, y no sólo por él, sino también por su más fecundo intérprete, Plotino; en quienes había reconocido una inteligencia inspirada por el Logos, y a quienes, como contaba en sus *Confesiones*, tanto debía; este sincero reconocimiento no sólo reivindicaba la figura de los filósofos paganos del mundo antiguo, sino que, en los siglos XV y XVI, siglos en los que se volvía la mirada al supuesto esplendor previo al medieval, le devolvió a San Agustín un protagonismo que, al final de la Edad Media, parecía haberse puesto en entredicho.

El movimiento humanista, del que forma parte como una de sus más insignes figuras Tomás Moro, nacía de hecho en la segunda mitad del siglo XIV, de la mano de Francesco Petrarca, volviendo su mirada, conscientemente, no sólo a los grandes hombres del remoto pasado greco-romano, sino muy especialmente al pensamiento del gran filósofo de Hipona.³ Y, sin duda, junto a San Agustín, y gracias a él, será el platonismo una de las corrientes de pensamiento más poderosas, influyentes y fecundas del siglo XV.

¹ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, VIII, 8; *Obras completas*, vol. XVI, B.A.C., Madrid, 2004, pp. 498-9.

² Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, VIII, 8, p. 499.

³ Tal vez el texto clave a este respecto sea una de las cartas de Petrarca (*A Dionigi Borgo San Sepolcro, de la orden de San Agustín y profesor de la Sacra Página, acerca de las preocupaciones particulares*) en la que cuenta como, en una subida al monte Ventoux, en compañía de su hermano, decidió leer las *Confesiones* de San Agustín, libro que siempre llevaba con él, y, abriéndolo al azar, leyó un texto del libro X que dice así: “Y los hombres van a admirar la altura de las montañas, la enorme agitación del mar, la anchura de los ríos, la inmensidad del océano, y el curso de los astros y se olvidan de sí mismos” (*Confesiones*, X, VIII, 15). Petrarca, cuenta, quedó atónito, y, muy afectado, como si reconociese en este hecho la mano providencial de Dios, se irritó consigo mismo, pues comprendió que aún se admiraba ante la belleza terrena, siendo así que desde hacía tiempo debía haber comprendido lo que ya habían aprendido los filósofos paganos, que nada hay digno de admiración sino el espíritu, a cuya grandeza nada es comparable.

Sin la relectura de San Agustín no puede entenderse la labor de Bocaccio, ni del gran platónico Marsilio Ficino, ni la de Juan Pico della Mirandola, ni la de buena parte del humanismo del cuatrocento, pero, menos aún los acontecimientos que marcarán la modernidad a partir del siglo XVI.

El estudio entusiasmado de los Padres de la Iglesia, y sin duda de San Agustín, estrechamente vinculado al esplendor de los filósofos paganos del admirado pasado, entre los que destacarán Platón, Cicerón, Séneca, Plotino, está en las raíces del humanismo, y muy especialmente del llamado europeo, dentro del cual habría que destacar, junto a Santo Tomás Moro, a sus dos amigos y excepcionales figuras: el agustino Erasmo de Rotterdam y Juan Luis Vives.

Este es el ambiente en el que se formó el joven Tomás Moro, quien había conocido a Erasmo alrededor de 1499. Los humanistas más destacados de Inglaterra formaban un grupo en torno al cual giraba buena parte de su vida, como resalta Erasmo en una de sus cartas: “He encontrado aquí un humanismo y una erudición tan grandes, tan exentos de toda vulgaridad y tan logrados, lo mismo en su vertiente latina que en la griega, que se me han quitado las ganas de volver a Italia. Cuando oigo a Colet, me parece escuchar al mismo Platón. ¿Quién no admira la perfecta cadencia de conocimientos de Grocyn? ¿Qué podrá haber más agudo, profundo y delicado que el razonamiento de Linacre? ¿Ha creado jamás la naturaleza algo más gentil, dulce y feliz que el genio de Tomás Moro?”.⁴

John Colet fue a quien Erasmo más admiró, manteniendo una estrecha relación intelectual, y a quien Moro más quiso. Había viajado a Italia, quedando profundamente impresionado por Marsilio y Pico, y destacó por su estudio de las epístolas de San Pablo. William Grocyn también había “peregrinado” a Italia, y había adquirido un extraordinario dominio del griego, lo que, sin duda, le permitió, a instancias de Colet, impartir en la catedral de San Pablo unas conferencias sobre Dionisio Areopagita, a la vez que Tomás las impartía en la iglesia de San Lorenzo sobre la Ciudad de Dios de San Agustín.

Pero, siendo todo lo señalado una muestra indudable de la necesidad de dirigir la mirada a la figura de San Agustín si uno quiere entender cabalmente lo que acontece en la llamada modernidad, si se quiere conocer en verdad a los grandes humanistas del momento, no es suficiente.

Junto a todo lo señalado es necesario reseñar que es una interpretación del agustinismo, por parte de un agustino, Lutero, lo que culminará en uno de los fenómenos más importantes de la historia: la denominada reforma protestante. Ciertamente no es en este caso una lectura acorde con los principios señalados del humanismo, si bien si coincidirá con éste en la crítica al escolasticismo de inspiración aristotélica, en una cierta reivindicación de la subjetividad y en un declarado anhelo de renovación.

El amigo y compañero de Lutero, Johannes Lange, Prior en Erfurt, se expresaba así cuando exponía, lleno de entusiasmo, la situación de la joven universidad de Witemberg, en la que Lutero se esforzaba por extender su lectura de San Agustín: “Nuestra teología y San Agustín prosperan felizmente y reinan en nuestra universidad, con la ayuda de Dios. Aristóteles cae lentamente de su pedestal, abocado a la ruina próxima y definitiva. Es

⁴ *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, P.S. Allen (ed.), Oxford University Press, Oxford, 1906, Vol. I (1484-1514), 118.

fantástico: ningún profesor tiene oyentes si no se adhiere a la teología, a saber: la Biblia y San Agustín”.⁵

El debate en torno a la lectura e interpretación de los textos agustinianos se hará ineludible, y los deseos de renovación, comunes a hombres como Erasmo, Moro o Vives, amigos y, en más de un caso, compañeros de fatigas, habrán de redefinirse, adaptarse o, en cierto sentido, moderarse.

Será San Agustín, como teólogo y como filósofo, el que, en gran medida, dominará, y, sin duda, perturbará, toda una época, desempeñando un papel principal en la decadencia de la escolástica, en la ya señalada recuperación de los clásicos griegos y latinos, en las propuestas educativas y políticas de Erasmo, Vives o Tomás Moro, en la ruptura y el duro enfrentamiento que supuso la reforma, en la respuesta tridentina, en la condena del Jansenismo, en la filosofía de Descartes, en la respuesta a la misma de Pascal...

2.- “¿Qué consuelo nos queda en una sociedad humana como ésta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida, y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos?”⁶

Estas palabras de San Agustín, pertenecientes al libro decimonoveno de su *Ciudad de Dios*, cobrarán una singular importancia en la vida de Tomás, para quien la amistad verdadera es, sin duda, “un regalo noble y augusto que procede de una especial benevolencia de Dios”.⁷

Para San Agustín, la injusticia y la guerra, que se deriva de ella, traen consigo males “tan enormes, tan horrendos, tan salvajes que cualquiera que los considere con dolor debe reconocer que son una desgracia”.⁸ Así las cosas, en este mundo terrible que habitamos, la amistad es una gracia, un consuelo, que ha de permitirnos no sucumbir a las penalidades y, con renovadas fuerzas, acometer la dura empresa de lograr que triunfen el bien, la justicia y la paz en esta vida.

“Quien busque un ejemplo perfecto de amistad verdadera no encontrará nadie más apropiado que Tomás Moro”.⁹ De este modo describía Erasmo a quien decía que era “el amigo que más quiero”,¹⁰ “nacido y hecho para la amistad”.¹¹ Y de él decía Vives, en la respuesta a la primera declamación de Quintiliano, el *Paries Palmatus*, que le había encargado el propio Moro: “está hecho por la naturaleza para el culto ardiente y santo de la amistad”,¹² “no se contenta con el amar solo, que muchos creen que es requisito suficiente para la amistad, y en hecho de verdad es lo sustancial en las relaciones humanas

⁵ Carta de 18 de Febrero de 1517 citada en Y. M. Congar, *Martín Luther: sa foi, sa réforme: étude de Théologie historique*, Le Cerf, París, 1983, p. 39.

⁶ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 8, p. 574.

⁷ Santo Tomás Moro, *Un hombre solo: cartas desde la Torre (1534-1535)*, Traducción, introducción y notas de Álvaro de Silva, RIALP, Madrid, 1990, p. 97.

⁸ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 7, p.574.

⁹ Erasmo, Desiderio, *The Collected Works of Erasmus*, University of Toronto Press, Toronto, 1974, vol. 7, p. 18.

¹⁰ Erasmo, Desiderio, *The Collected Works*, vol. 7, p. 16.

¹¹ Erasmo, Desiderio, *Epistles of Erasmus*, Russell and Russell, Nueva York, 1962, vol. 3, p. 391, y *The Collected Works*, vol.7, p. 18.

¹² Enrique García Hernán, *Vives y Moro. La amistad en tiempos difíciles*, Cátedra, Madrid, 2016, p. 114.

y del verbo amar se forjó la voz amistad, sino que al más entrañable y sincero de los afectos añade consejos, desvelos, ayudas, cuando los amigos los han menester”.¹³

Erasmus, Moro y Vives, conscientes de la necesidad de renovar la Iglesia para, de este modo, mejorar el mundo, empeñarán gran parte de su actividad intelectual en promover un nuevo modelo educativo, y un modo nuevo de entender el poder, a lograr la paz entre las naciones, a que impere la justicia y no la ambición, la unidad y no la discordia.

Tomás fue quien animó a Erasmo a escribir su famoso *Elogio de la locura*, dedicado a su amigo; por su parte, Erasmo encargó a Tomás la traducción de diálogos de Luciano, sátiras cargadas de profunda ironía, en los que se mostraba la auténtica irracionalidad, es decir, el absurdo peligro, si bien ridículo, del orgullo y los excesos de la pasión. Este mismo asunto será el protagonista de buena parte de los epigramas de Tomás, duro crítico de la tiranía, y Juan Luis, por encargo explícito de Erasmo, abordará una ambiciosa y arriesgada empresa, la de escribir unos comentarios a *La Ciudad de Dios*; obra de referencia, para aquellos a los que les movía la inquietud por lograr que reinase la justicia y la paz, y a la que ya había dedicado parte de sus estudios el propio Tomás.

3.- “A nadie se le impide la entrega al conocimiento de la verdad, propia de un laudable ocio. En cambio, la apetencia por un puesto elevado, sin el cual es imposible gobernar un pueblo, no es conveniente, aunque se posea y se desempeñe como conviene”.¹⁴

Estas palabras de San Agustín, pertenecientes al capítulo diecinueve del libro decimonoveno de la Ciudad de Dios, serán objeto de discusión y debate entre los humanistas, y desde luego, no sólo entre los más cercanos a Moro, como Colet y Erasmo, sino entre Moro y Moro mismo.

Según los cronistas, en su juventud Tomás había pasado cuatro años compartiendo con los cartujos su vida austera de oración y devoción, de tal forma que, en un momento determinado hubo de preguntarse si esa era su vocación. Una vocación que le permitiría, por otro lado, dedicar buena parte de su actividad a la contemplación, al estudio, al conocimiento de la verdad. El prejuicio propio de la época, del que Erasmo participaba, mostraba al matrimonio como poco más que una concesión a la debilidad de la carne y, por tanto, como un camino de menos dignidad. Aún así, mejor un “casto marido que un cura licencioso”¹⁵, decía el pensador holandés de su buen amigo. “A quien no puede estar en primera línea se le permite misericordiosamente permanecer en la segunda y tener una mujer si no puede permitirse vivir a solas”, afirmaba John Colet.¹⁶

Ciertamente, Moro apreciaría siempre, hasta sus últimos días, la vida retirada del monje, pero, sin duda, dignificó el papel del laico comprometido en la lucha por la venida del reino de Dios a este dolorido mundo. Y en su decisión de juventud, y en las que más adelante tendría que tomar relativas a la actividad social y política, sin duda desempeñó un importante papel su estudio de la Ciudad de Dios, y, probablemente, el de las obras

¹³ Enrique García Hernán, *Vives y Moro*, p. 114.

¹⁴ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 19, p. 606.

¹⁵ Erasmo, Desiderio, *Epistles of Erasmus*, vol. 3, p. 394.

¹⁶ J. H. Lupton, *A life of John Colet*, D. D. dean of St. Paul's and founder of St. Paul's school. With a appendix of some of his English Writings, G. Bell and sons, London, 1909, p. 78.

del místico agustiniano Walter Hilton, *Escala de perfección* y *La vida mixta*, presentes en la biblioteca de la cartuja.¹⁷

“En relación con aquellos tres géneros de vida, el contemplativo, el activo y el mixto, cada uno puede, quedando a salvo la fe, elegir para su vida cualquiera de ellos, y alcanzar en ellos la eterna recompensa. Pero es importante no perder de vista qué nos exige el amor a la verdad mantener, y qué sacrificar la urgencia de la caridad”.¹⁸ Esta sería la cuestión capital durante toda su vida. Bien pronto había compuesto un diálogo en defensa de la *República* de Platón, buena parte de sus epigramas insistían en los peligros del tirano, y su preocupación por el buen gobierno del bien común, la *res pública*, en esencia por la justicia, dirigía sus estudios, pues, en definitiva, la cuestión central no era otra que la de encontrar el modo óptimo de habitar el mundo sin dejar de ser ciudadano de la Ciudad de Dios; es más, la de encontrar el mejor modo de lograr que el ciudadano ejemplar, modelo para todos, de la ciudad terrena sea, precisamente, el que habita la ciudad de Dios.

Como se esforzaron en señalar desde bien pronto todos sus biógrafos, santo Tomás Moro mostró, hasta el final de sus días, tener presentes las palabras de San Agustín, quien, advirtiendo sobre el peligro del poder, afirmaba: “en la acción no hay que apegarse al cargo honorífico o al poder de esta vida, puesto que bajo el sol todo es vanidad. Hay que estimar más bien la actividad misma, realizada en el ejercicio de ese cargo y de esa potestad, siempre dentro del marco de la rectitud y utilidad, es decir, que sirva al bien estar de los súbditos, tal como Dios lo quiere”.¹⁹

Cuando en 1518 Enrique VIII le ofreció entrar a su servicio como consejero real su buen amigo Erasmo se lamentó, ostensiblemente, pues veía que la ya difícil actividad contemplativa de su compañero de proyectos e ideales quedaba definitivamente interrumpida. Por su parte, el propio Tomás, honrado con este alto honor, se mostró remiso a aceptar, y sus razones eran de aún mayor calado. Sabía, como escribió en su poema dedicado a la coronación de Enrique, que “el poder ilimitado tiene la tendencia de debilitar las buenas mentes, y eso, incluso en el caso de hombres sumamente capaces”.²⁰ Sabía que su vida familiar, no sólo la intelectual, se resentiría, y, sobre todo, conocía los peligros del orgullo, la soberbia, y que un alto cargo suponía mucho trabajo y mucho peligro para el alma, pues, vacío como estaba de honor real y perdurable, estaba repleto del esplendor hueco que deslumbra y provoca la caída.²¹

En una carta a su amigo y compañero de martirio, el obispo John Fisher, le decía: “Contra mi voluntad, llegué a la corte. Todo el mundo lo sabe y el mismo rey me lo reprocha en broma de tanto en tanto. Por el momento, mantengo allí mi sitio de forma tan precaria como un mal jinete sobre la montura”.²² Tomás aceptó, uno tras otro, los distintos cargos que se le fueron ofreciendo, cada uno de ellos de mayor responsabilidad y peligro, por tanto, hasta alcanzar el de mayor dignidad y prestigio, consciente siempre de que “el amor

¹⁷ P. Ackroyd, *Tomás Moro*, Edhsa, Barcelona, 2004, pp. 153-156.

¹⁸ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 19, p. 605.

¹⁹ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 19, pp. 605-606.

²⁰ Thomas More, *The complete Works of St. Thomas More*, vol. 3, part. 2, *The Latin Poems*, Yale University Press, New Haven, 1984, nº 19.

²¹ T. Stapleton, *The Life and Illustrious Martyrdom of Sir Thomas More*, Fordham University Press, New York, 1966, p. 22.

²² Thomas More, *Selected letters*, Yale University Press, New Haven, 1980, p. 94.

a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga debemos aplicarnos al estudio y el conocimiento de la verdad. Y si se nos impone debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia”.²³

4.- “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda en el señor. Aquella solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria; esta dice a su Dios: *Gloria mía, tú mantienes alta mi cabeza*”.²⁴

¿Cómo habitar la Ciudad de Dios siendo consejero del rey en la ciudad terrena?, ¿Cómo habitar en ambas ciudades? Tomás entendió como su responsabilidad, irrenunciable, la de luchar, hasta donde se lo permitiese su conciencia, hasta el martirio, por lograr que al menos, en lo que dependía de él, no fuese Inglaterra, como la ciudad terrena, “dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete”.²⁵

Sin duda, la tarea de Moro era titánica, y difícilmente podía acabar bien: caridad frente a dominio, justicia frente a fuerza, paz frente a imposición, humildad frente a soberbia, servicio frente a avaricia. Decía San Agustín en su *Ciudad de Dios*: “¡Ojalá que a los preceptos de esta religión, sobre un comportamiento justo y honrado, les prestasen atención y esmero en llevarlos a la práctica los reyes y pueblos del orbe, príncipes y jefes del mundo, jóvenes y también doncellas, los viejos junto con los niños, todo sexo y toda edad en uso de razón, incluyendo también a aquellos a quienes se dirige Juan el Bautista, los recaudadores de impuestos y los soldados! ¡Cómo embellecería el mundo ya aquí abajo, con su felicidad, esta República!, y ¡cómo ascendería hacia el culmen de la vida eterna para conseguir un reinado de completa felicidad!”²⁶ Esta era la difícil tarea, y tanto Tomás Moro, como Erasmo de Rotterdam y Juan Luis Vives lo sabían.

Juan Luis dedicaría gran parte de su actividad intelectual a mostrar la necesidad de una renovación en el campo de la pedagogía, remarcando la finalidad práctica del saber; un saber que debería conducirnos hacia la Ciudad de Dios, tomando como modelo a Cristo mismo. Así lo haría en la *Escolta del alma*, obra dedicada a la joven María Tudor, hija de su admirada Catalina, o en su obra *Sobre las disciplinas*, en la que podemos leer: “Sepan los niños que Dios es el premio de todas las buenas obras, que ve con claridad en nuestras mentes y en nuestros pensamientos, a fin de que, según fueran los alcances de su edad, acostúmbrense a no hacer nada por un galardón humano y temporal, sino por aquel otro divino y eterno”.²⁷ Éste será el modelo de educación que guiará a Tomás.

Erasmo, en 1516, publicaba *La educación del príncipe cristiano*, respondiendo al encargo que el Canciller de Brabante, preceptor del príncipe Carlos, le había hecho, dada la necesidad de orientar al príncipe cristiano frente a las propuestas de Maquiavelo. Y en esta obra, cargada de platonismo, afirmaba: “Cristiano es, no quien fue bautizado, ni quien

²³ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 19, p. 606.

²⁴ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIX, 19, p. 137.

²⁵ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XIV, 28, pp. 137-138.

²⁶ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, II, 19, p. 116.

²⁷ Luis Vives, *Obras completas*, II, *De las disciplinas*, Aguilar, Madrid, 1946, p. 569.

confirmado, ni quien está presente en los actos religiosos, sino quien abraza a Cristo con afectos íntimos y le imita con actos justos.”²⁸ Y, al príncipe, llamado a desempeñar una fundamental actividad pública, le advertía: “Ten cuidado cuando reflexiones en tu interior: «¿por qué me dicen estas cosas? Yo no soy hombre privado, yo no soy sacerdote, yo no soy monje». Pero piensa esto: «soy cristiano y príncipe. Es propio del cristiano sentir aversión hacia toda torpeza. Es propio del príncipe aventajar a los demás en integridad y prudencia».”²⁹ “Tú también debes tomar tu cruz o Cristo no te reconocerá. Me dirás: ¿Cuál es mi cruz? Te voy a responder: seguir el camino recto, no violentar a nadie, no vender ninguna magistratura, no dejarte sobornar. Con ello, evidentemente, tu hacienda menguará, pero no temas la pérdida de tus bienes si a cambio logras mayor justicia”.³⁰

El 25 de octubre de 1529, cuando la pasión del rey Enrique por Ana Bolena crecía y Catalina, su legítima mujer, sufría las consecuencias; cuando hacía ya dos años que una crisis sin precedentes se veía venir y Tomás podía prever sus futuras dificultades, aceptó el máximo cargo público de Inglaterra, como le dijo en una carta a Erasmo, en nombre de “los intereses de la cristiandad”.³¹

5.- “Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala? Y estas bandas, ¿Qué son sino reinos en pequeño? Son un grupo de hombres, se rigen por un jefe, se comprometen en pacto mutuo, reparten el botín según la ley por ellos aceptada. Supongamos que a esta cuadrilla se le van sumando nuevos grupos de bandidos y llega a crecer hasta ocupar posiciones, establecer cuarteles, tomar ciudades y someter pueblos: abiertamente se autodenomina reino, título que a todas luces le confiere no la ambición depuesta, sino la impunidad lograda”.³²

Dos ideas centrales están en la base de la actividad pública de Tomás Moro: su lucha por el imperio de la justicia y su búsqueda incansable de unidad y paz. Estos eran, sin duda, los temas que ocuparían su atención cuando en 1513 comenzó a escribir *La historia del rey Ricardo III*; un antecedente de la tragedia Sakespeareana que aún estaba redactando cuando entró al servicio del rey en 1518.

En esta obra, que explora con crudeza la naturaleza de la tiranía, no sólo describía los horrores de un gobierno injusto: la división y la violencia que desencadena, el sufrimiento que conlleva. Junto a todo esto exploraba cómo había sido posible que un tirano llegase al poder en Inglaterra, pese a las numerosas leyes y las instituciones cuya razón de ser era evitarlo. La conclusión de Moro, de gran actualidad, era un aviso, una llamada de atención para todo el que quisiese oír: no conquistó el poder por la fuerza, sino mediante un uso aprovechado de la ley, pues ningún estadista hizo algo por oponersele ya que a todos les movieron sus propios intereses.³³ Así, Moro, enfatizaba la responsabilidad de los juristas, señalando la que tuvo uno en particular, un abogado admirado y respetable, Gatsby, que

²⁸ Erasmo de Rotterdam, *Educación del príncipe cristiano*, Tecnos, Madrid, 2002, p. 30.

²⁹ Erasmo de Rotterdam, *Educación del príncipe cristiano*, p. 30.

³⁰ Erasmo de Rotterdam, *Educación del príncipe cristiano*, p. 32.

³¹ Thomas More, *Selected letters*, Yale University Press, New Haven, 1947, p. 172.

³² Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, pp. 228-229.

³³ Thomas More, *The Complete Works*, vol. 2, *The History of King Richard III*, 1963, p. 6.

desencadenó toda una serie de acontecimientos nefastos al malvender su prestigio y su posición con la esperanza de favores personales y grandes privilegios.³⁴

Así como San Agustín, en su *Ciudad de Dios*, había adaptado la “historia moral” de Salustio para pintar, vivamente, el horror de esa Roma que por sus virtudes había llegado a ser dominadora del mundo, y, dominada ella misma por tiranos, dividida por fieros intereses egoístas, desgarrada por violentas maquinaciones, corrompida en sus costumbres, había sido conducida a su irremediable caída, Tomás adaptó a Salustio para describir el reinado corrupto, tiránico, del funesto Ricardo III.

“¿Cuáles son las razones lógicas o políticas para querer gloriarse de la duración o de la anchura de los dominios del Estado? Porque la felicidad de estos hombres no la encuentras por ninguna parte, envueltos siempre en los desastres de la guerra, manchados sin cesar de sangre, conciudadana o enemiga, pero humana; envueltos constantemente en un terror tenebroso, en medio de pasiones sanguinarias; con una alegría brillante, sí, como el cristal, pero como él, frágil, bajo el temor horrible de quebrarse por momentos”.³⁵

La paz, cuestión capital de la *Ciudad de Dios*, y la unidad de los cristianos serán los asuntos que preocuparán, de modo acuciante, a Erasmo, que en 1517 hará público su *Querela pacis*, a Juan Luis que diez años más tarde hará públicos sus *De concordia et discordia in humano genere* y *De pacificatione*, y, desde luego a Tomás, quien siempre consideró como uno de sus mayores logros la firma de la Paz de Cambrai en 1529,³⁶ y sintió como un penoso y triste deber enfrentarse, con firmeza y resolución, a la ruptura de la unidad y el germen de violencia que suponía la reforma encabezada por Lutero, y a las destructivas pretensiones de su rey.

6.- “Así, aquel imperio tan vasto, tan duradero, tan célebre y glorioso por las virtudes de unos hombres tan eminentes, sirvió como recompensa de sus aspiraciones, y para nosotros es una lección ejemplar y necesaria: si por la gloriosa Ciudad de Dios no practicamos las virtudes que han practicado los romanos, de una manera más o menos parecida, por la gloria de la ciudad terrena, debemos sentir el agujón de la vergüenza”.³⁷

San Agustín, tras relatar las virtudes romanas, las heroicidades de los Escévolas, los Curcios y los Decios, alabadas por el virtuoso Catón,³⁸ se esforzaba por despertar a los cristianos, haciéndoles ver que sería vergonzoso que quienes no conocieron a Cristo pudiesen vivir más virtuosamente que los que se llaman seguidores de Cristo. “No ha sido, pues, ensanchado el poderío romano, hasta alcanzar la humana gloria, únicamente para recompensar adecuadamente a estos hombres; lo ha sido también para que los ciudadanos de aquella ciudad eterna, mientras son peregrinos de aquí abajo, se fijen con atención y cordura en sus ejemplos. Verán cómo debe ser amada la patria celeste por la vida eterna, cuando tanto amaron la terrena sus ciudadanos por la gloria humana”.³⁹ Algo parecido hará Moro con su obra más famosa, *Utopía*, no solo mostrando la injusticia y el dolor reinantes entre los cristianos, sino también dando a conocer la vida y la historia de

³⁴ Thomas More, *The Complete Works*, vol. 2, p. 46.

³⁵ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, IV, 3, p. 226.

³⁶ G. B. Wegemer, *Tomás Moro*, Ariel, Barcelona, 2003, pp.92-93.

³⁷ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, V, 18, p. 346.

³⁸ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, V, 12-15.

³⁹ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, V, 16, p. 337.

un pueblo que no ha tenido la suerte de conocer a Cristo, los utopienses, cuyas costumbres, organización política, valores, motivo de admiración, deberían despertar la conciencia de los verdaderos cristianos.

Utopía combina una acerada crítica con la fina y compleja ironía. Rafael Hythlodæo, el navegante que tras conocer la isla de Utopía relata sus maravillas, es una extraña combinación de iluminado censor, fino analista y excéntrico charlatán; claro en sus críticas a la injusticia y la violencia, propone como modelo un mundo carente de avariciosos y soberbios, cuya capital se llama “oscurecida”, “incierta” (amauroto), bañada por el río “sinagua” (anhidro), y a cuyo príncipe llaman “sinpueblo” (ademos).

Utopía, protagonizada por un hombre tan poco común como Hythlodæo, será una oportunidad que Moro aprovechará para despertar conciencias adormecidas, criticando la injusticia y la deficiente educación del mundo en que vive; para proponer un modelo de monarca; para resaltar la dificultad y el riesgo de aconsejar al poderoso y, con asombro de muchos, para mostrar la posibilidad de otro modo de entender la política.

Sólo un hombre sin prejuicios y no atado a intereses espurios puede, realmente, clamar por la justicia. Decidido, escribe Moro: “A este respecto, tanto vosotros como buena parte del mundo preferís imitar a los malos preceptores, más dispuestos a azotar a sus discípulos que a enseñarles. Se decretan severos y terribles castigos contra el ladrón, cuando sería mucho mejor proveer de algún medio de vida para que nadie se viera en la cruel necesidad de robar primero y perecer en consecuencia después”.⁴⁰ Son palabras, estas y las que se suceden en el primer libro, atrevidas, sopesadas y escritas en defensa de los desdichados, no de los poderosos. En una Europa plagada de pobres “¿qué otra cosa les queda sino robar y que los cuelguen – justamente, por supuesto – o vagar y mendigar, en cuyo caso también se les meterá en la cárcel por vagabundos, pues deambulan ociosos sin que nadie acepte sus servicios a pesar de que ellos los ofrecen con la mayor insistencia?”⁴¹ Por la maldita codicia, afirma, “¿qué otra cosa hacéis, pregunto, que ejecutar a los ladrones que vosotros mismos hacéis?”⁴² Pero, ¿Cómo lograr que reine la justicia, el bien?; “Si yo propusiera resoluciones sensatas a un rey e intentara arrancar de él los perniciosos gérmenes del mal, ¿no crees que pronto sería expulsado o convertido en objeto de escarnio?”⁴³

Tomás, clarividente, nada ingenuo, es muy consciente de las dificultades que implica la lucha por hacer triunfar los ideales de la Ciudad de Dios en este mundo. Hythlodæo afirmará, con doloroso realismo, que “al lado de los príncipes no hay lugar para la filosofía”,⁴⁴ a lo que Tomás le contestará que no para la escolástica, especulativa y alejada de la realidad, pero sí para la que conoce su terreno, y que “hay que intentar un camino oblicuo y te has de proponer tratarlo todo con la mayor ponderación que puedas, y conseguir que lo que no puedes tornar en bueno resulte lo menos malo posible”.⁴⁵ Pero esto, precisamente, no siempre será posible. ¿Cómo no hacer ver al rey que la tarea que

⁴⁰ Tomás Moro, *Utopía*, Akal, Madrid, 2015, pp. 91-92.

⁴¹ Tomás Moro, *Utopía*, p. 95.

⁴² Tomás Moro, *Utopía*, p. 97.

⁴³ Tomás Moro, *Utopía*, p. 106.

⁴⁴ Tomás Moro, *Utopía*, p. 112.

⁴⁵ Tomás Moro, *Utopía*, p. 113.

más le incumbe es “procurar el bien de su pueblo antes que el suyo propio?”,⁴⁶ ¿cómo no mostrarle que si “fuera tan despreciado por los suyos o tan odiado que no pueda mantenerlos en la obediencia a no ser que los atropelle con vejámenes, con la exacción, con el decomiso, y los reduzca a la mendicidad, más le valdría renunciar a su reinado que conservarlo por estos métodos, pues, aunque retenga con ellos el mando nominal, se despoja de su majestad”?⁴⁷; y, por último, pero de capital importancia, ¿Cómo no denunciar que el hecho de que uno “esté nadando en el placer y en los deleites mientras los demás gimen y se lamentan por todas partes, esto no es ser guardián de un reino sino de una cárcel?”.⁴⁸

Con todo, Tomás Moro no fue un reformador, ni fue un puritano, como lo había sido Savonarola, o podría serlo Rafael Hythlodaeo, quien propugnaba un mundo sin propiedad privada, en que quedase abolido el dinero, su uso y su codicia, pues, decía: “¿Quién no sabe que los fraudes, las rapiñas, las riñas, los tumultos, las disensiones, las sediciones, las muertes, las traiciones, los envenenamientos, refrendados más que refrenados por los castigos cotidianos, desaparecerían al mismo tiempo que se acabase con el dinero?”.⁴⁹

Tomás sabía que el problema no es el dinero sino la codicia, no son las instituciones sino la soberbia que anida en el corazón del hombre, y que ningún reformador político puede extirpar. “Soy consciente de la fuerza que necesito para convencer a los soberbios del gran poder de la humildad. Ella es la que logra que su propia excelencia, conseguida no por la hinchazón del orgullo humano, sino por ser don gratuito de la divina gracia, trascienda todas las eminencias pasajeras de la tierra”⁵⁰; así se leía en el prólogo de la *Ciudad de dios*.

Los utopienses habitan una isla que no está en lugar alguno, pues parecen no estar bajo el peso del pecado original, del que solo la gracia de Cristo nos libera; pero han de remover nuestras conciencias y nos invitan a decir con Moro que: “igual que no puedo asentir a todo lo dicho por un hombre, de otra manera muy erudito, indiscutiblemente, al mismo tiempo que muy experimentado en los asuntos humanos, así confieso con franqueza que hay muchísimas cosas en la república de los utopienses que yo más bien desearía que esperararía en nuestras ciudades”.⁵¹

7.- “Me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor”.⁵²

Tomás Moro, desde muy pronto, lo tuvo claro: nos define, como quien realmente somos, nuestro amor. Dos amores fundaron dos ciudades, y hemos de decidir de cuál queremos ser ciudadanos. O amamos a Dios, al bien, la justicia, por encima de nosotros mismos y las vanidades de este mundo, o nos amamos a nosotros mismos, nuestro bien mundano, vanidad de vanidades, por encima de todas las cosas. Y, aunque sea difícil, muy difícil, pues somos frágiles, faltos, siempre, de valor y fortaleza, poniendo nuestra esperanza en

⁴⁶ Tomás Moro, *Utopía*, p. 110.

⁴⁷ Tomás Moro, *Utopía*, pp. 110-111.

⁴⁸ Tomás Moro, *Utopía*, p. 111.

⁴⁹ Tomás Moro, *Utopía*, pp. 196-197.

⁵⁰ Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, I, Prólogo, p. 4

⁵¹ Tomás Moro, *Utopía*, p. 199.

⁵² Agustín de Hipona, *Civitas Dei*, XV, 22, p. 206.

manos de Dios, hemos de amar como el enamorado que “se considera feliz de pasar / una desgracia por el bien del amado”.⁵³

“Así también debes amar a Dios

Con deseos del corazón y alegrarte

De sufrir por Él aprietos, dolores y aflicción.”⁵⁴

⁵³ Thomas More, *The English Works of Thomas More*, ed. W. E. Campbell, vol. 1, Eyre and Spottiswood, 1931, p. 391.

⁵⁴ Thomas More, *The English Works*, p. 391; G. B. Wegemer, *Tomás Moro*, p. 33.